

Nominalismo americano y escrituras fundacionales*

Elena Romiti Vinelli

Señor presidente, Dr. Wilfredo Penco; señoras y señores académicos:

Doy mi profundo agradecimiento a cada uno de los académicos de esta ilustre corporación y muy especialmente a su presidente, Dr. Wilfredo Penco, que me acompaña, por honrarme con el ingreso a la Academia Nacional de Letras de Uruguay. No olvido que desde esta generosa institución recibí mi primer premio literario, en la conmemoración del centenario de la publicación de *Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz. Corría el año 1988 y, por entonces, era una joven profesora de literatura que comenzaba a investigar en el área de la literatura uruguaya e hispanoamericana. Aquel reconocimiento a mi breve ensayo sobre *Ismael* fue un gran estímulo que hasta hoy agradezco. Y también confirmó el punto de partida de una línea de investigación que he sostenido a través del tiempo, y que hoy retomaré en algunos de sus aspectos.

Entre los posibles pórticos de ingreso al tema propuesto, elegí dos, en razón de la luz que proyectan y de su carácter complementario.¹ El primero es extraído del libro de Carlos Real de Azúa, titulado *España de cerca y de lejos* (1943), del capítulo «La hispanidad. América de hielo a hielo», y dice:

El residente americano, y América entera, es hija de esta naturaleza fresca, matinal e invasora, de este cortante o perfumado viento adolescente que nos hermana en secreto. Continente construido sobre el espacio, y no sobre el tiempo, tiene importancia decisiva este modo general de asiento; un modo, que con tal eslor, crecida hasta la cultura, se da por primera vez en la historia (1987: 61).

* Discurso de ingreso a la Academia Nacional de Letras, 6 de setiembre de 2022.

¹ Justifico la inclusión de citas o pasajes sacados a letra, como dirían los escritores fundacionales de nuestras letras, con la justa apreciación del gran comparatista Claudio Guillén, quien defendía la inclusión de las suyas, con el aserto de que el comparatista e historiador de la literatura vive siempre en conversación.

El segundo, se encuentra en el volumen *América Latina en su literatura*, y pertenece a Hernando Valencia Goelkel:

Todo nuestro sino está presidido por una magia nominalista: el mote aquel de Nuevo Mundo cuyas implicaciones privilegiadas y gratuitas se están olvidando a costa de frustraciones, la opacidad, la abyección y la pena de generaciones y generaciones. Cuando Hegel hablaba de la vetustez de algunas formas de la naturaleza americana —de su arcaísmo geológico, zoológico o botánico— nadie le hizo caso; el mundo nuevo había de ser, irremisiblemente, joven, y los románticos con su culto a la juventud, no hicieron sino ratificar explícitamente esa ilusión que había sesteado durante los siglos coloniales (1977: 123).

El tema del nominalismo se cruza indefectiblemente con las escrituras fundacionales de nuestro continente y refiere a su espacio como lugar de contienda de nombres, y especialmente de topónimos. Sin duda, esta contienda comienza con el furor nominalista de Colón, cuyo ceremonial de apropiación de las tierras descubiertas se centraba en la imposición toponímica, al tiempo que en el enclavamiento de cruces católicas dentro del reverberante humus prehispánico.

Sin querer entrar en el territorio lingüístico y las teorías de la referencia en concreto, vale plantear la cuestión del uso referencial de las expresiones nominales, porque es en el ámbito de las relaciones del lenguaje y la realidad, y muy especialmente a partir de los nombres propios y topónimos, que se gestan nuestras literaturas y los mundos o moradas que se desprenden de ellas. A su vez, también conviene recordar que la noción ontológica de necesidad que refiere como verdadero algo, persona o lugar, en cualquier mundo posible, es de especial relevancia en nuestro continente americano, descubierto por error y presentado como mundo nuevo ante el viejo Occidente.

En esta oportunidad, y con la intención de honrar al presbítero José Manuel Pérez Castellano, cuyo nombre preside el sillón que me ha sido concedido, proyectaré en sus escritos fundacionales la categoría teórica del nominalismo americano, recorriendo parte de su producción literaria interdisciplinar, en la que emerge no solo nuestro primer escritor, sino nuestro primer lingüista y lexicógrafo, latinista, historiador y botánico. Porque como escritor fundacional,

Pérez Castellano es un modelo de integralidad entre los intelectuales de la primera generación criolla, que orientaban todos sus esfuerzos en aras del compromiso social y político, en la hora histórica de la gesta de las naciones americanas.

Sin tiempo para desarrollar una semblanza biográfica exhaustiva de Pérez Castellano, señalaré unos pocos datos que revelan su significación en la hora fundacional de nuestras letras y de nuestra historia. En primer lugar, que fue un montevideano de la primera generación, hijo de españoles canarios, cuya vida transcurrió entre 1734 y 1815. Estudió en un colegio jesuita, tomó los hábitos sacerdotales y llegó a doctorarse en teología en la actual Universidad de Córdoba (Argentina). De regreso, dividió sus días entre su casa montevideana, ubicada en la calle 25 de Mayo, muy cerca de la plaza Matriz, y la chacra de Paso de las Duranas, sobre el arroyo Miguelete. Participó con voz y voto en los hechos históricos que dieron cimiento a la nación, como la Junta de Gobierno, creada por el Cabildo Abierto en 1808, y el Congreso de 1813, investido diputado por la ciudad de Minas, donde defendió la autonomía de Montevideo frente al Gobierno de Buenos Aires.

Muy especialmente, quiero recordar que fue quien tuvo la idea primigenia de crear una biblioteca pública para ilustrar a todos sus compatriotas y que donó la mayor parte de sus bienes, y no solo sus libros, para su fundación. Es así que Dámaso Antonio Larrañaga, en el discurso inaugural de nuestra actual Biblioteca Nacional, el 26 de mayo de 1816, declara:

Sean por último muy respetables las cenizas del venerable anciano, nuestro compatriota el finado doctor don José Manuel Pérez Castellano, el primer presbítero y doctor de nuestro país. Hace poco que este nuestro mentor, muriendo en mis brazos, dejó para mayor perpetuidad de este establecimiento lo mejor parado de sus bienes; pero el legado más precioso es su «Opúsculo de agricultura», sazonado fruto de sus últimos años llenos de experiencia y sabiduría.²

² Larrañaga, Dámaso A. *Oración inaugural que en la apertura de la Biblioteca Pública de Montevideo celebrada en sus fiestas mayas de 1816 dixo D.A.L. director de este establecimiento*. Montevideo, 1916. Recuperado de <<http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/47276>>.

Entre sus producciones escritas, se destacan las crónicas históricas, entre ellas la «Carta escrita en 1787 para la Italia», dirigida a su profesor de latín Benito Riva, categorizada por el profesor Vicente Cicalese como la Carta Magna de Montevideo y calificada como «joya literaria» en el marco de las preceptivas dieciochescas (1987: 36). También su «Memoria sobre las invasiones inglesas», en la que no solo narra de primera mano los hechos transcurridos entre 1804 y 1807, sino donde inscribe un mapa toponímico de la Banda Oriental. Los manuscritos de Pérez Castellano se encuentran en dos libros que tituló *Caxón de sastré* (Archivo General de la Nación) y *Libro de marquilla* (Biblioteca Nacional). En el título del primero, y en la constitución de ambos, se observa el rasgo del fragmentarismo que caracteriza a la literatura latinoamericana. De modo que el archivo fundacional del primer escritor montevideano presenta como pauta rectora de su funcionamiento la noción de fragmento, que en adelante también será la pauta rectora de los archivos de nuestras regiones.

Cerrando esta semblanza, y en acuerdo con el juicio de Dámaso A. Larrañaga, merece una mención central la obra titulada *Observaciones sobre agricultura*, escrita en el final de su vida, entre 1813 y 1814, clasificada como cartilla rústica en oposición a los formatos enciclopédicos europeos, y que excede ampliamente su objetivo de enseñar prácticas agrarias a los labradores del Miguelete, como se verá en las relaciones de su escritura con el tema del nominalismo, que siguen a continuación.

Para dar fundamento al eje clasificatorio del nominalismo americano, parece imprescindible demostrar su presencia constante en la línea de escritores fundacionales latinoamericanos. Sin espacio para una nómina exhaustiva, convocaré al primer escritor mestizo de nuestras letras hispanoamericanas, el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616). Un breve ejercicio de comparatismo literario permitirá poner en diálogo al primer escritor montevideano con el ilustre mestizo, al que leía y citaba profusamente, a partir de la edición de sus *Comentarios reales*, fechada en 1800, en imprenta madrileña, a la que cita bajo el titular de *Historia del Perú*. No sorprende la presencia de la crónica del Inca en la biblioteca de Pérez Castellano, en razón de la relación que ambos mantuvieron con la orden jesuita. El cotejo de sus obras esclarece la función de la categoría nominalista en el mundo naciente, que inmortalizaron en sus respectivas crónicas.

Inicié mis reflexiones sobre la categoría de nominalismo americano en el ensayo «Los ejes ideológicos de *Ismael*» (1998; 2007), y la retomé en dos trabajos posteriores titulados *Literatura comparada. Don Quijote de la Mancha. Comentarios reales de los Incas* (1990) y *Los hilos de la tierra. Relaciones interculturales y escritura: el Inca Garcilaso de la Vega* (2009), en el marco de la entonces incipiente teoría literaria latinoamericana, un locus teórico situado, atento al proceso inductivo deductivo, que ilumina lo diverso en detrimento del universalismo hegemónico. El ingreso de Pérez Castellano en el campo literario, donde se prueba la categoría en cuestión, la abre hacia hipótesis, asentadas en el carácter histórico de los textos estudiados. A partir de estos y de las huellas de las conversaciones que sostienen con otros textos precedentes, se hace posible el avance hacia el conocimiento de lo diverso y lo marginal.

Desde una mirada filosófica y lingüística, la categoría propuesta dialoga con la que esgrimiera Guillermo de Ockam en el recordado debate de los universales, del siglo XIII. Este filósofo, franciscano e inglés, definió tempranamente en la Edad Media la concepción nominalista que preparó el auge del pensamiento plural renacentista. Afirmó su tesis de manera categórica, escribiendo:

Ninguna cosa fuera del alma ni por sí ni por algo que se le agregue, real o irracional, y de cualquier manera que se considere y se entienda, es universal, ya que tan imposible es que una cosa fuera del alma sea universal, de algún modo (a menos que no resulte por convicción, como cuando se considera universal la palabra «hombre» que es singular), como imposible es que el hombre, por cualquier consideración o según cualquier ser, sea «asno» (Abbagnano, 1983: 869).

Más tarde en el siglo XVII, Leibniz confirmaba: «Son nominalistas los que creen que, aparte de las sustancias singulares, no existen más que puros nombres y que, por lo tanto, eliminan la realidad de las cosas abstractas y universales» (Abbagnano, 1983: 869).

El legado nominalista fue recibido por el continente americano y adaptado a sus propias necesidades. Así, el primer escritor mestizo, quien firmara sus obras como el Inca Garcilaso de la Vega, coetáneo de Cervantes, nacido en Cuzco y afincado desde los veinte años en España, libró batalla por su lugar diverso en el mundo. En el mismo territorio del nominalismo cervantino, afirmó la tesis explícita de la no traducibilidad de los nombres y topónimos del Incario, en sus

Comentarios reales. Con ello colocaba en términos de igualdad la lengua de la élite cuzqueña, heredada de la familia materna, con la de su padre, el conquistador Garcilaso de la Vega, haciendo posible un diálogo impensable al momento del inicio de la conquista de América.

La formación humanista del Inca era sólida. No solo había tenido acceso a bibliotecas pobladas de teorías y producciones hegemónicas que llegaban a España desde Italia, sino que formó parte del círculo de humanistas andaluces junto a Ambrosio Morales (1513-1591), Bernardo de Alderete (1560-1641) y otros. De manera que el nominalismo americano en el que asienta su tesis de no traducibilidad de nombres propios y topónimos articula con principios humanistas, como el que propiciaba la lectura y estudio de los textos antiguos en su lengua de origen; también con la *Ars Retórica*, de la que la historia forma parte, y en la que la narración artística desarrolla la relación configurativa entre discurso y realidad, en una suerte de *imitatio* creativa. En las crónicas de los escritores fundacionales, la resignificación de estos saberes crea instrumentos de comunicación intercultural.

En sus *Comentarios reales*, el Inca deja en claro que las tierras de sus antepasados cuzqueños deben mantener sus nombres prehispánicos y, consecuentemente, deben propiciar el reconocimiento de la propiedad, revirtiendo el doloroso proceso de las expropiaciones llevado a cabo por los españoles. Escribe en castellano, pero se detiene muchas veces a introducir nombres de la lengua general del Perú, señalando críticamente la condición errónea de la superposición lingüística indiscriminada. Por ejemplo, señala el error del cual surge el nombre Perú para llamar al Imperio inca, que los indios llamaban Tahuantinsuyo, que significa las cuatro partes del mundo. Un caso de corrupción lingüística nacido de la confusión del nombre de un indio, que responde al interrogatorio de los españoles.

El Inca Garcilaso no acepta la relatividad cervantina, que permitía llamar a los molinos, gigantes, y a las ventas, castillos. Al escribir la historia del Imperio inca, intenta construir la realidad americana. La diferencia radica en la variedad que introduce el uso nominalista del lenguaje en América, en su relación con el nominalismo medieval. En ambos casos se parte de la negación de los universales, pero en tanto que el uso americano plantea la unión necesaria del nombre con el referente, los nominalistas europeos conciben un

vínculo arbitrario entre el símbolo lingüístico y la cosa nombrada. La identidad y existencia del Nuevo Mundo se alcanzaría a partir de la unión necesaria del lenguaje nominal y el espacio americano. Así se haría posible el diálogo con Occidente.

Esta relación de necesidad entre el nombre y su referente es el sustento de la tesis del Inca sobre la no traducibilidad de los topónimos americanos. Pero también alienta el trabajo lingüístico y etimológico de Pérez Castellano, que recupera nombres de lenguas indígenas, sumando la explicitación de sus orígenes y su ingreso al habla criolla por imposición del uso americano. De manera que una y otra vez consigna su postura descriptiva de la lengua y nunca prescriptiva, siendo respetuoso de los usos y cambios que esta muestra en el devenir dialógico de la región en la que le tocó vivir. Así, por ejemplo, suele escribir en sus *Observaciones sobre agricultura*:

Yo les llamaría peras de enero; porque su madurez ni anticipa ni pasa del mes de enero; pero como el uso ya les ha fijado el nombre de peras comunes, es menester conformarse con ese nombre, en que el uso tiene un absoluto imperio, como lo tiene en el lenguaje y en otras nomenclaturas (Pérez Castellano, 1968a: 69).

De allí pasa al reconocimiento de nombres guaraníes para muchas plantas como las equivalentes al cardo, llamadas caraguatás, adoptadas por el uso criollo americano, y los que han sido castellanizados, como el mate que procede de *mati*, la calabaza pequeña con que se toma la hierba del Paraguay. O el *umbú*, árbol natural de América del Sur, entre otros. También incorpora los nombres quechuas como *tотора*, que deriva del original *tutura*; poroto, que aclara deriva de *purutu* y que en España llaman *pallares* o *frisoles*; zapallo, que deriva de *zapallú*, o *huasca* para designar las cuerdas con que asegura sus injertos experimentales, entre otros nombres.

En todos los casos, Pérez Castellano cumple con la norma horaciana de respetar con libertad los usos que marcan los cambios del léxico y que en el continente americano responden a un diálogo intercultural. En una diferente hora histórica y respondiendo a su condición de mestizo, hijo de una princesa inca de la élite cuzqueña y de un capitán español de familia noble, el Inca no responde de igual manera ante la castellanización del léxico indígena, condenando toda corrupción de una lengua materna que dice tan galana, y

rezongando abiertamente a sus condiscípulos de Cuzco cuando le escriben en un «quechua españolado».

Pérez Castellano no solo incorpora nombres de lenguas indígenas sin intentar traducirlos o cambiarlos, sino que desarrolla observaciones sobre las que llama especies subalternas, como es el caso de las variedades nuevas de duraznos americanos que, descendiendo de la especie procedente de España, han proliferado y superado a sus antecesoras. En este punto su discurso converge con el conocido discurso de la abundancia, inaugurado por el Inca Garcilaso en sus *Comentarios reales*, en el que la fertilidad desmesurada de las tierras americanas llega a su máximo exponente con el relato del rábano, que alcanzó tal tamaño que permitió atar en su tronco nada menos que cinco caballos, claro anticipo de las corrientes literarias latinoamericanas que siglos más tarde se conocerán como realismo mágico y lo real maravilloso. En un refinado ejercicio de comparatismo botánico y zoológico, Pérez Castellano visualiza el diálogo entre lo uno y lo diverso sobre el que planea su filosofía intercultural, y concluye:

Otras muchas particularidades, así en el color como en la figura, no solo en el ganado vacuno, sino también en otros muchos animales de los que a la América vinieron de Europa, pudiera alegar para confirmación de las diferencias notables, con que el autor de la naturaleza es capaz de vestir tanto a los animales como a las plantas, sin sacarlas por eso de su especie primitiva, y del común origen que tuvieron: y sin que por esas diferencias, que notablemente las desemejan de las especies remotas, de que procedieron, dejen de ser fecundas, y puedan propagarse de su propia simiente (1968a: 94-95).

En paralelo a la observación de la deriva histórica, de las especies zoológicas y botánicas, se entreteje la observación de la castellanización de algunas voces de lenguas indígenas, como quedó consignado. Pérez Castellano centra su atención en la evolución de los nombres y de las especies naturales, privilegia la observación de las traslaciones, en un equilibrio que no permite detectar absorciones de un plano sobre otro. La pauta estilística predominante en su prosa es la del eje de las contigüidades, donde la operación del traslado desde el nombre genérico al objeto específico es bivalente. En tanto que este estilo es antes funcional que ornamental, no se hace visible al lector, salvo en algunos momentos de convergencia de planos nominales y vegetales, como es el caso de la descripción

traslaticia del mate, donde el movimiento opera en el nombre y también su conexión con el objeto referenciado:

Los indios del Perú llaman *mati* al calabazo, y nosotros castellani-
zando ese nombre le llamamos *mate*, y por la figura metonímica,
tomando el contenido por lo que contiene, decimos que tomamos
mate cuando tomamos en el mate agua caliente, pasada por la hierba
que en él se contiene (Pérez Castellano, 1968b: 41).

En el clásico *La historia social de la literatura y el arte*, Arnold
Hauser explicó la conjunción del contexto social e histórico con el
sustrato filosófico y lingüístico del nominalismo:

El desplazamiento de los fundamentos filosóficos de la concepción
medieval del mundo, el paso de la metafísica desde el realismo al
nominalismo solo se tornan comprensibles si se los pone en rela-
ción con su fondo sociológico. Pues lo mismo que el realismo co-
rresponde a un orden social fundamentalmente antidemocrático, a
una jerarquía en la que solo cuentan los vértices, a una organización
absolutista y supraindividual que obligaba a la vida a someterse a los
vínculos de la Iglesia y del feudalismo y no dejaba al individuo la más
pequeña libertad de movimiento, así el nominalismo corresponde a
la disolución de las formas autoritarias de comunidad y al triunfo
de una vida social individualmente articulada frente al principio de
la subordinación incondicional. El realismo es la expresión de una
visión del mundo estática y conservadora; el nominalismo, por el
contrario, de una visión dinámica, progresiva y liberal. El nominalis-
mo, que asegura a todas las cosas singulares una participación en el
ser, corresponde a un orden de vida en el que también aquellos que
se encuentran en los últimos peldaños de la escala social tienen una
posibilidad de elevarse (1974: 307).

En este sentido, cuando Cervantes propone la pluralidad de
lecturas desintegrando la unidad del mundo medieval a partir del
lenguaje nominal —cuyo exponente puede ser entre otros el bacyel-
mo de don Quijote—, practica una concepción nominalista que
contrapone críticamente a la ideología de la monarquía absoluta
y la Inquisición. La tradición medieval española que permitió la
convivencia pacífica de españoles, judíos y árabes, distinguiéndose
por ello dentro del sistema feudal europeo, no se extinguió con la
coronación de Carlos V, sino que su herencia fue retomada por Cer-
vantes y muchos otros escritores de lengua hispana, entre los que

destacan los americanos, que expresaron en sus obras la necesidad íntima y vital de la diversidad.

Por ello la categoría de nominalismo americano se cruza con la de la interculturalidad, entendida no como diálogo de culturas cerradas, sino tal como lo consigna el filósofo cubano Raúl Forner-Bentancourt, en tanto que aprendizaje y reubicación cultural y contextual:

[...] interculturalidad quiere designar más bien aquella postura o disposición por la que el ser humano se capacita para... y se habitúa a vivir «sus» referencias identitarias en relación con los llamados «otros», es decir, compartiéndolas en convivencia con ellos [...] Es una actitud que, por sacarnos de nuestras seguridades teóricas y prácticas, nos permite percibir el analfabetismo cultural del que nos hacemos culpables cuando creemos que basta una cultura, la «propia», para leer e interpretar el mundo (2004: 14-15).

En esta línea de pensamiento intercultural se inscribe el relato que incluye un breve diccionario de la lengua auca o araucana, que Pérez Castellano dejó en su manuscrito *Caxon de sastre*, y cuyo título reza «Sobre algunas palabras de la lengua auca o araucana». Se trata de un texto de una actualidad sorprendente que pone de manifiesto no solo el interés del presbítero por las lenguas indígenas, sino el diálogo igualitario que mantiene con el indio araucano llamado Coviante, cuyo nombre indica ser hijo de cacique. Se trata de un detalle explicativo, que es de uso en los escritos de Pérez Castellano, y que pone en evidencia una concepción que atiende y respeta el vínculo del nombre con el ser que designa, haciendo del primero el núcleo de una cuestión ontológica, constante en las escrituras fundacionales americanas. Resulta elocuente del alineamiento del presbítero con la tesis garcilasista de la no traducibilidad de los nombres propios y topónimos de las lenguas autóctonas, el hecho de que el autor revele que el joven indio fue bautizado y que no recordaba el nombre cristiano que se le consignó en dicha ceremonia.

El breve diccionario que construye con Coviante consta de un corpus de vocablos predominantemente nominal (40 sustantivos, 18 pronombres y 29 numerales), con la aclaración adjunta de la ausencia de verbos en razón de la dificultad que el hablante nativo manifestó a la hora de establecer las necesarias correspondencias.

Los textos de Pérez Castellano conllevan, a pesar de su límpida sencillez, el cumplimiento con las reglas de una antigua retórica, aprendida en los claustros jesuitas de la Universidad de Córdoba. La *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús prescribía la exigencia de la brevedad y la claridad para las narraciones y descripciones. En este caso, como en el resto de los escritos de Pérez Castellano, el autor cumple con estos dos rasgos de estilo con la maestría de los grandes escritores que, desde la concisión prístina, acceden a niveles de sentido ricos y complejos. Así resulta en el final del artículo citado cuando, tras registrar la dificultad de inclusión de los tiempos verbales en correlación con los del castellano, instala la desaparición de Coviante como correlato semántico de un abismo cognitivo, sugeridor de mundos con dimensiones temporales intraducibles: «No obstante esta dificultad pensaba yo continuar con él mi pequeño diccionario, pero a poco tiempo se fue de esta ciudad y no le he vuelto a ver, ni sé de su paradero por lo que no pude adelantar más» (Mañé Garzón, 2003: 79).

Los abismos cognitivos, en cuyas aguas naufragan los significados cuando se cruzan por primera vez mundos desconocidos, como aconteció en el cruce transatlántico abierto por Colón, dejan fuera de la vista y de la comprensión al otro. Frente a esta imposibilidad del entendimiento intercultural, el presbítero Pérez Castellano levanta la palabra «esperanza» y cesa su discurso. Pero esto sucede luego de haber avanzado hacia ese otro, en este caso araucano, pudiendo valorarlo en sus virtudes y humanas capacidades. Solo baste recordar la admiración que manifiesta nuestro primer escritor ante el ordenamiento de los campos conceptuales que le exige su interlocutor, a la hora de ingresar los nombres del diccionario:

Exigía de mí que llevase orden en las preguntas. Por ejemplo, empecé a preguntarle de Dios, del cielo, del Sol, estrellas, etcétera y como entre esas preguntas le mezclase algunas de árboles o animales, él me supo decir algunas veces: no va bien. No champurremos las cosas unas con otras. Apuremos primero las de un orden y después pasaremos a las de otro (Mañé Garzón, 2003: 78).

Pérez Castellano comprende muy bien, y desde criterios muy actuales, que el orden de los nombres apuntados pone en juego una organización epistémica del mundo, que no es la alfabética, sino la de una cosmovisión ajena a la occidental, basada no casualmente en

esquemas espaciales, centrados en la relación del sentido visual con el conocimiento. Las «juiciosas salidas» del indio de dieciséis años no solo hacen sonreír al doctor teólogo, sino que le causan admiración, según él mismo expresa. Y no deja de causar maravilla su apertura intercultural, que le permite respetar y admirar la sabiduría de un jovencito indígena, sin latines ni retóricas, a sabiendas de que era el portavoz de una sabiduría ancestral, que se transfería por senderos de tejidos sociales ajenos a los claustros de las universidades occidentales.

En el texto también se representa el intercambio intercultural en las dos direcciones, ya que se narra el obsequio de ropas occidentales a Coviante, financiado por el virrey marqués de Loreto, a quien Pérez Castellano califica de sabio filósofo cristiano. El presbítero es el encargado de vestir al indio araucano y observa el excesivo lujo de las prendas elegidas por este. Una vez más, termina dando la razón al interlocutor que le recompensará con el breve diccionario, y que explica que dará gusto a su mecenas que vistiese bien y a su propio gusto. El intercambio genera un sólido equilibrio entre el dar y el recibir de los representantes de los dos orbes culturales puestos en diálogo, que se acrecienta en la medida que se comprende el valor semántico del vestuario en las áreas indígenas americanas.

Entre muchas posibles analogías a traer en la relación de los textos fundacionales de nuestro presbítero y el Inca Garcilaso, sumaré dos que no se clasifican dentro del comparatismo como relaciones de hecho, sostenidas por citas explícitas, pero que revelan un diálogo intertextual fecundo. La primera es la que pone en contacto el caso de las papas inglesas, traídas por familias que se dirigían a Tahití, pero que capturadas por un corsario francés arribaron a nuestro puerto y que se identifican, según Pérez Castellano, como el verdadero principio de las invasiones inglesas en la Banda Oriental, diez años antes de la invasión militar; con el caso de la yerbabuena traída por los españoles al valle de Rucma, que se multiplicó de manera tan «dañosa», según el Inca, que fue causa de la desaparición del nombre verdadero del valle. En ambos ejemplos se advierte el traslado de la contienda militar de la Conquista hacia el plano de la contienda nominal y botánica. Una modalidad de traslado metonímico de uso sistemático en estos escritos fundacionales, basados en la superposición de estratos de significados, que generan riqueza connotativa.

Una variable interesante de esta relación de contiendas militares y la toponimia que hace presente el espacio americano se da también en la conocida *Proclama del Miguelete*, donde Pérez Castellano pone en boca del arroyo montevideano palabras de celebración, por la fuga de los tiranos argentinos que se habían apropiado de Montevideo entre 1814 y 1815.

El segundo ejemplo del diálogo intertextual aludido se da entre el registro autorreferencial en que insiste el Inca Garcilaso cuando alude a su existencia en el oscuro rincón de España, en el que se vio marginado por injusticias y malas habladurías de cronistas cortesanos, y que se lee en el prólogo de las *Observaciones sobre agricultura* de Pérez Castellano, donde escribe: «Iban ya corriendo ocho meses, en que sepultado yo en el último rincón de mi chácara, sin trato y sin comunicación alguna [...]» (1968a: 5). En ambos consta la conciencia de marginalidad, propia del escritor periférico signado por el lugar donde transcurrió su existencia, a suma de las circunstancias históricas poco propicias.

Pero en la obra de Pérez Castellano también existen las relaciones, de hecho, en que cita directamente al Inca Garcilaso. El primer caso refiere al trasplante de olivos procedentes de España, que dan lugar a la copia literal de la narración «curiosa y entretenida» en que el procurador Antonio Rivera traslada olivos sevillanos a la Ciudad de los Reyes e intenta no compartirlos, poniendo en la heredad como custodia un gran ejército de más de cien negros y treinta perros. El robo de uno de estos olivos dio en Chile mejor descendencia que en Perú. El relato revela un intertexto, como sucede en el cuento de las papas inglesas, en el que esta vez la planta extranjera no es calificada de invasora, sino que, por el contrario, se coloca en el lugar del objeto de deseo de los americanos, que salen triunfantes de esta nueva contienda en la que se vuelve a operar el traslado desde plano humano al vegetal.

Una segunda entrada de la voz del Inca, a través de cita directa, se da cuando Pérez Castellano plantea el origen americano del maíz: «El grano que los mexicanos y barloventanos llaman maíz, y los del Perú zara, porque es el pan que ellos tenían, es de dos maneras, el uno es duro que llaman muruchu; y el otro es tierno y de mucho regalo que llaman capia» (1968a: 292). El Inca agrega que solo el maíz duro había llegado a España, y Pérez Castellano, a su vez, informa sobre la castellanización del nombre murucho, que ha derivado en

morocho. Los dos cronistas desarrollan una búsqueda exhaustiva de los orígenes de cada planta, en paralelo a la búsqueda de los orígenes de los nombres que permiten su identificación, al tiempo que informan sobre los traslados y cambios que se producen en los dos órdenes. La variable entre ambos cronistas se asienta en la negativa del Inca de aceptar la castellanización de los nombres indígenas, por considerar estos cambios como elementos de corrupción lingüística, proclives al caos. En el cruce civilizatorio, estas búsquedas, análogas y dispares, construyen el relato de la identidad imprescindible, en la instancia del diálogo intercultural.

Una tercera modalidad de relación de hecho, entre los dos autores, se da en relación al trigo de Berbería, que Pérez Castellano estudia en Rozier y reconoce en el trigal de su vecino Trápani. Este trigo también llamado de Esmirna, del milagro o de la abundancia, que a través de una asociación asentada en su fertilidad da lugar a una nueva referencia de la crónica del Inca. Las extraordinarias cosechas de trigo que conforman el ya referido discurso de la abundancia en los *Comentarios reales* no son aceptadas por el montevideano como generales. Sin embargo, la descripción del trigo de Berbería como las descomunales cosechas referidas por el Inca colocan la idea subyacente de la supremacía de la tierra americana, en una contienda que, como quedó consignado, se constituye en base a la pluralidad de los sentidos.

Sin duda existe acuerdo en que el continente americano nació para Occidente a partir de la palabra escrita de los cronistas de Indias que, a pesar de su variedad clasificatoria, coincidieron en dar origen a un género nuevo para fundar un mundo nuevo.

Este género que nace con el descubrimiento de América, de la mano de Cristóbal Colón, fusionaba literatura e historia, así como antropología, zoología y botánica. Al respecto, Enrique Pupo-Walker (1982) llamó la atención sobre la «vocación literaria del pensamiento histórico en América».

La vertiente imaginativa caracterizó la prosa narrativa de los cronistas generales, como Colón y Bartolomé de las Casas; de los cronistas oficiales y mayores de Indias, como Fernández de Oviedo; de los cronistas de la conquista militar, como Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo; los de la conquista espiritual, como Fray Bernardino de Sahagún; de los cronistas indígenas, como Guamán

Poma de Ayala; y de los cronistas mestizos, entre los que destaca el Inca Garcilaso de la Vega. En la línea del último, y en diálogo con su obra, americanos como Pérez Castellano defendieron los nombres autóctonos del espacio americano y les dieron el derecho a ser en su diversidad, aunque respetando los cambios que el uso cotidiano les infringía.

Más allá en el tiempo, una línea de continuidad se tiende en las letras hispanoamericanas. Así se puede observar con claridad en las novelas históricas que fundaron las naciones americanas en el siglo XIX, cuyo ejemplo paradigmático es el de Eduardo Acevedo Díaz, quien a lo largo de su tetralogía novelística da un lugar preferencial a la toponimia y a la nomenclatura de la fauna y la flora de las tierras, por las que se funda la historia nacional que es creada desde la palabra escrita.

Vale la pena recordar también las palabras de otro escritor fundacional del siglo XIX, que dejó claro el enlace indestructible del nombre y el espacio americano. Domingo Faustino Sarmiento escribió en el capítulo tercero de *Facundo*, su obra más recordada:

Doy tanta importancia a estos pormenores, porque ellos servirán para explicar todos nuestros fenómenos sociales y la revolución que se ha estado obrando en la República Argentina, revolución que está desfigurada por las palabras del diccionario civil, que la disfrazan y ocultan, creando ideas erróneas, de la misma manera que los españoles, al desembarcar en América, daban un nombre europeo conocido a un animal nuevo que encontraban, saludando con el terrible de león, que trae al espíritu la idea de magnanimidad y fuerza del rey de las bestias, al miserable gato llamado puma, que huye a la vista de los perros, y tigre al jaguar de nuestros bosques. Por deleznable e innobles que parezcan estos fundamentos que quiero dar a la guerra civil, la evidencia vendrá luego a mostrar cuan sólidos e indestructibles son ([1845]1977: 61).

Cuando Sarmiento superponía «estos pormenores» o «fundamentos» a los nombres que los españoles daban a las novedades americanas, asumía una actitud nominalista, que fue constante de la literatura e historia hispanoamericanas. El lenguaje nominal de esta tradición está unido a la realidad que refiere y crea, por «sólidos» e «indestructibles», hilos que construyen un espacio que no es

européico y que, naturalmente, promueven una conciencia colectiva, también independiente.

Esos mismos hilos que atan los nombres a los lugares, plantas y animales del orbe americano en la obra de Sarmiento, fueron tejidos con anterioridad por el presbítero José Manuel Pérez Castellano. Él conforma una de las primeras figuras del intelectual latinoamericano, caracterizado por su diálogo múltiple con el archivo europeo y los archivos autóctonos y criollos. La atención que presta a la identidad de su lugar en el mundo se ve reflejada en el nominalismo que despliega por sus páginas, en las que pasea al lector por lenguas y lugares diversos. En la Carta Magna que escribe a su maestro Benito Riva, dibuja su imagen enlazada con el lenguaje nominal y el espacio americano. Concluyo con este pasaje autorreferencial, que conlleva todo lo dicho y es, al tiempo, un ejemplo de la mejor prosa literaria del siglo XVIII:

Cuando Ud. la conoció y yo la compré no había en ella más que un bosquecillo de duraznos, y de esos manzanos silvestres. Si Ud. la viera ahora, como lo he deseado muchas veces, diría: «O quantum Niobe distabat avista!». Podría Ud. comer debajo de naranjos chinos sin que le ofendiese el sol del estío en su cenit, porque los hay muy hermosos, como también limones reales y comunes, perales de cinco especies, manzanas de muchas más, duraznos priscos blancos y amarillos, albérchigos de distintas especies, melocotones, duraznillos tempranos y otras muchas especies de árboles, puestos todos en proporción y buen orden. No por eso piense Ud. que es de las mejores; es solo de las medianas, porque ni el terreno es de los más ventajosos ni mis facultades han correspondido al deseo de adelantarla. Tengo en ella una casa bastante capaz, en que unas veces enredado con los libros y otras con los árboles, paso la mitad de mi vida (Pérez Castellano, 1968a: 6-7).

Referencias bibliográficas

- ABBAGNANO, Nicola. *Diccionario de Filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- CICALESE, Vicente. *Montevideo y su primer escritor. José Manuel Pérez Castellano*. Montevideo: Biblioteca Uruguaya de Estudios Literarios, 1987.
- FORNET-BENTANCOURT, Raúl. *Crítica intercultural de la filosofía latinoamericana actual*. Madrid: Trotta, 2004.

- HAUSER, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid: Guadarrama, 1974.
- MAÑÉ GARZÓN, Fernando. *El glorioso montevideano. Vida y obra de José Manuel Pérez Castellano (1742-1815)*, vol. 3. Apéndice Documental. Montevideo: Archivo General de la Nación, 2003.
- PÉREZ CASTELLANO, José Manuel. *Selección de escritos. Observaciones sobre agricultura. Tomo I*. Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 131. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1968a.
- . *Selección de escritos. Observaciones sobre agricultura. Tomo II*. Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 132. Montevideo: Biblioteca Artigas, 1968b.
- PUPO-WALKER, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid: Gredos, 1982.
- REAL DE AZÚA, Carlos. *Escritos*. Montevideo: Arca, 1987.
- SARMIENTO, Domingo Faustino. *Facundo o civilización y barbarie*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, [1845] 1977.
- VALENCIA GOELKEL, Hernando. «La mayoría de edad», en *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 1977.